



E S P A C I O                      A B I E R T O



Andreu Martín y Jaume Ribera

# El cartero siempre llama mil veces

ANAYA



1.ª edición, septiembre 1991  
26.ª edición, mayo 2013

© Andreu Martín y Jaume Ribera, 1991  
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 1991  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)  
e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

ISBN: 978-84-207-4294-6  
Depósito legal: S-1469-2011

Impreso en España - Printed in Spain

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*



E S P A C I O                      A B I E R T O



Andreu Martín y Jaume Ribera

# El cartero siempre llama mil veces

ANAYA



Tenía que ser una carta breve, escrita en tono impersonal.

Después de unos instantes de reflexión, empezó a teclear con dos dedos.

*Apreciados señores:*

Un principio clásico. Bien.

*Soy una lectora entusiasta de su revista y les agradecería mucho que incluyesen en su sección «De corazón a corazón» el siguiente anuncio:*

—Veamos —dijo él en voz alta.

Había llegado a la parte más delicada de la peripécia. Superando un instante de duda, sonrió y siguió escribiendo.

*Chica muy solitaria necesita desesperadamente amigos.*

Subrayó la palabra *desesperadamente*. Se rascó la cabeza. Ahora venía la pincelada genial.

*De preferencia, guapitos de cara.*

Era suficiente. No tenía que pasarse.

*Escribid a Siloia Jofre.*

*Carretera del Congost. Los Chalets, 17.*

*03078 Sant Martí del Congost.*

*Lérida.*

Y una despedida sobria:

*Agradecida por su deferencia y deseando muchos éxitos a su fantástica revista, les saluda...*

El chico releyó unas cuantas veces la carta antes de sacarla de la máquina de escribir. Se felicitó por los resultados. Después de muchos borradores, había encontrado por fin la fórmula perfecta.

Faltaba la firma... ¿Cómo sería la firma de Silvia Jofre? Debería haberse fijado. No obstante, se trataba de un detalle sin importancia. Si él no sabía cómo firmaba Silvia, menos lo sabrían los redactores de la revista, que no la conocían de nada.

Se inventó un garabato insinuando las palabras *Silvia Jofre*, con letra muy redonda, imitando la que había visto que utilizaban muchas chicas barcelonesas. Parecía como si todos los colegios femeninos de la capital enseñasen a escribir con la misma letra, muy diferente a la de los colegios masculinos. Le salió mal, de modo que la enmascaró con una rúbrica enmarañada.

Listo.

Buscó un sobre de color rosa que había guardado para la ocasión (pensaba que este detalle le daría más verosimilitud al conjunto) y, siempre a máquina, escribió por un lado la dirección de la revista *De Todo Corazón* y por el otro el remite con la dirección de la chica.

Pegó un sello.

—Bien —dijo, muy satisfecho.

Le puso la funda a la máquina de escribir y la dejó en el suelo. Era de alquiler. Tenía una, pero no había querido usarla porque sabía que no hay nada más fácil de identificar que la escritura mecanografiada. No quería dejar cabos sueltos.

Se puso el anorak. Eran las diez de la noche, y fuera hacía mucho frío.

Mientras recorría las calles desiertas hacia el buzón de la esquina, luchando contra un viento cortante que le arañaba las mejillas, se preguntó por qué tomaba tantas precauciones. No había ningún peligro en lo que hacía. Los de la revista se limitarían a publicar el anuncio y después tirarían la carta. ¿O tal vez la archivarían? Si fuera así, Silvia Jofre podría demostrar que no la había escrito ella.

Bueno, ¿y qué?

En cualquier caso, nadie podría averiguar quién la había escrito. Y, aunque pudieran hacerlo...

El chico echó el sobre rosa en el buzón.

Ahora ya no podía echarse atrás. Le daba igual que le descubrieran. ¿Qué podrían hacerle?

—Nunca lo sabrá —se emperró—. Y, si lo descubre, podré decir que solo era una broma. Una broma inocente.

Hacía mucho frío. Pronto nevaría. Se estremeció.

Se estremeció porque sabía que no era una simple broma. Y que, en cualquier caso, no era inocente.

*De preferencia, guapitos de cara*

**D**iarario íntimo de Silvia Jofre:

*¿Podéis imaginarme, a mí, a Silvia Jofre, ya sabéis, la repelente sabelotodo, la que siempre se sienta en los pupitres de primera fila, la que hace dudar a los mismísimos profesores con sus agudas preguntas, la que siempre toma apuntes y aprueba brillantemente los exámenes, el vértice superior de la curva de Gauss de las calificaciones escolares, la que tenía el mote de la Mula desde su enfrentamiento con Ramón Agut..., podéis imaginarme, digo, precipitándome hacia una caseta de obras repleta de explosivos, decidida a hacerme con un cartucho de dinamita o con una botella de nitroglicerina o con un paquete de goma dos, lo que fuera, con tal de provocar un auténtico apocalipsis?*

*Quién iba a decir que yo, la intelectual lectora de Marcel Proust, sensata hasta el delirio, siempre a la defensiva, parapetada tras mis gafas y los voluminosos mamotretos que me aislaban del mundo, me convertiría de repente en una amazona digna de película de James Bond, huyendo de peligrosos gánsteres armados con pistolas, ¡pistolas de verdad!, que habían convertido mi vida profunda y sosegada en una pesadilla frívola y superficial de carreras y miedo, quién lo iba a decir, ¿verdad?*



*Cuando, por pura casualidad, veía en la tele películas de acción, de esas en que los personajes nunca se detienen a reflexionar sobre las razones de sus actos, sino que corren y saltan cunetas, y se persiguen a pie, a caballo, en moto o en lo que tengan a mano, siempre las había tildado de insustanciales. En cambio, mientras corría ahogada por el jadeo del pánico, cuando caía sobre una rodilla, me levantaba y seguía corriendo y tropezando hacia el cartel que anunciaba ¡ATENCIÓN! EXPLOSIVOS. PROHIBIDO EL PASO, decidida a improvisar los fuegos artificiales más importantes de la historia de la comarca, renegaba de todo lo que defendía antes, cuando no sabía nada de la vida, cuando los libros eran una barrera protectora, una trincheira en la que me escondía para no tener que salir a luchar contra los problemas de los adultos.*

*Supongo que es inevitable que, a una edad determinada, las chicas descubramos que se ha terminado la época de los juegos y que ha llegado la hora de aceptar que la verdad no es de color de rosa, pero, vamos, la experiencia de las mil cartas resultó un modo un poco bestia de descubrirlo. Hay que reconocer que mi salida de la feliz niñez resultó, cuando menos, un poco brusca. La experiencia de asomarse al mundo exterior, que para la mayoría de chicas se resume en un desengaño amoroso o algún otro chasco doloroso, para mí significó una alocada aventura de polis, ladrones, mentiras y héroes enmascarados. Imagino que para este tipo de desproporciones se inventó la frase «matar moscas a cañonazos». Y nunca mejor dicho.*

*Aunque, al principio, no oí el sonido de los obuses. Solo un timbre pulsado por un inofensivo cartero. Y luego empezaron a sonar sirenas de alarmas, porque yo, Silvia Jofre, la Mula, estaba siendo atacada por un enemigo invisible e imprevisible...*

*La cuenta atrás había empezado.*

\* \* \*

Era un día extraordinariamente nítido, purificado por el viento impetuoso y oxigenado que, procedente de las montañas y canalizado por el desfiladero, se había llevado todas las nubes y corría y remolineaba, danzarín, por las calles del pueblo. El cielo era de un azul intenso, y el sol, violento y sano, hería la vista y calentaba los cuerpos ateridos por el frío.

El viejo cartero, envuelto en un grueso abrigo, la bufanda y la gorra con orejeras, emergió en su ciclomotor bajo el portal del Pueblo Viejo y avanzó por la carretera en cuesta, en dirección a los soleados Bloques Nuevos y los chalets de la Central Eléctrica.

En el chalet de la familia Jofre, Silvia se hallaba cerrada en su *sanctasanctórum* (como le gustaba llamar a su dormitorio) leyendo, como siempre, mientras su madre cocinaba y Riqui, el hermano pequeño, andaba con un patín dando vueltas a la mesa del comedor.

—¡Riqui! —gritaba la madre—. ¿Quieres estarte quieto de una vez?

—¡Déjame salir al jardín! —gritaba él.

—¡Hace mucho frío!

—¡Puedo resistir el frío! ¡Puedo resistir temperaturas más bajas! ¡Te sorprenderías de ver las temperaturas que puedo soportar...!

El cartero llamó al timbre.

—¡Abre, Riqui!

—¡No puedo, mamá! ¡Hace mucho frío!

—¡Mecachis con el crío! —se quejaba la madre. Y gritaba, dirigiendo la voz hacia el piso superior—: ¿Bajas a abrir, Silvia?

Silvia estaba muy concentrada, leyendo el primer volumen de *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, prodigiosa obra maestra de la literatura mundial, con la que ya llevaba tiempo bregando por descifrarla.

Volvieron a llamar a la puerta y se oyó a la madre desgañitándose desde la cocina:

—¿Es que nadie puede ir a abrir la puerta?! ¡Silvia!

Silvia puso las gafas sobre el libro, como contrapeso para no perder el punto, salió de su *sanctasanc-tórum* y bajó a la planta.

—¿No oyes que llaman? —le preguntó a Riqui.

—Hace demasiado frío y soy pequeño —contestó él, sin dejar de pedalear.

—Pues se me ocurre una manera de hacerte entrar en calor.

—¡Mamá, mamá, Silvia me quiere pegar!

Silvia abrió la puerta.

El cartero, harto de esperar, suspiró al verla. Resoplaba y golpeaba el suelo con los pies para demostrar que no era nada agradable esperar a la intemperie con el frío que hacía. La miraba con una expresión especial, digamos que un poco feroz. Exageraba: tampoco era para tanto.

Le entregó las tres primeras cartas.

—Eso es para tus padres —dijo, como dejando claro de entrada que los señores Jofre eran inocentes de lo que en aquellos momentos le exasperaba.

—Ah, gracias.

—¡Y esto es para ti!

Silvia se quedó atónita al ver el grueso fajo de cartas que el hombre acababa de sacar de su bolsa.

—¿Para mí? —balbuceó—. ¿Todas?

—Treinta y siete, exactamente, si es eso lo que te estás preguntando.

El cartero se alejó murmurando algo sobre las horas extras que tendría que hacer si todas las casas del pueblo tuvieran la desfachatez de recibir treinta y siete cartas diarias.

Silvia cerró la puerta con gesto de autómata. Parecía hipnotizada por el montón de sobres en los que, inequívocamente, figuraba su nombre y dirección.

*Treinta y siete.* Era imposible. Eran más de las que recibía en todo el año, incluidas las postales veraniegas. Treinta y siete cartas en un día. *Era imposible.*

Subió a su habitación, cogió las gafas, se dejó caer sobre la mecedora y abrió un sobre al azar.

Se encontró ante una foto-carné que mostraba a un chico de unos quince años, de amplia sonrisa y dentadura parecida al teclado de un piano, con una tecla negra y todo.

La carta estaba escrita a bolígrafo sobre papel cuadrículado, sin duda arrancado de una libreta escolar.

Decía:

*Dulce Silvy:*

*¡Se han acabado tus problemas! ¡Pongamos fin a tu existencia miserable! Aquí tienes a Miqui M. Mallangas (o sea, MMM, o sea, yo) dispuesto a calmar tu desesperación. Por la foto, verás que no me puedo quejar de mi jeta: cumplo con los requisitos del anuncio, ¿vale? ¡Espero que tú no seas un cardo borriquero! ¡Ja, ja, ja! Es una broma, Silvy. Pero, por si acaso, envíame una foto. A poder ser en bikini, je, je. Aquí tienes mi dirección...*

El estupor de la chica aumentaba por momentos. ¿Quién demonios era aquel Miqui Mallangas que se permitía aquellas confianzas? Cualquier cosa menos una eminencia, eso seguro. Su carta era... era. No había palabras. *¡Espero que no seas un cardo borriquero!* Con esto estaba dicho todo.

Lo que más la intrigaba, no obstante, era la alusión a un anuncio. ¿A qué anuncio se refería aquel

mongólico? Ella no había puesto ningún anuncio en ninguna parte, nunca, en toda su vida.

Abrió otra carta. En esta no había foto. La primera frase decía:

*He leído tu anuncio publicado en De Todo Corazón y...*

Se le cortó la respiración. No pudo continuar leyendo por la sencilla razón de que se le cayó el papel de las manos. Una terrible sospecha empezó a tomar cuerpo en su mente.

Abrió otro sobre. Y otro. Y otro.

*... Soy un asiduo lector de De Todo Corazón...*

*... En el último número de De Todo Corazón...*

*... Cuando leí el De Todo Corazón de este mes...*

—*¡De Todo Corazón!* ¡Por Júpiter! —exclamó escandalizada.

Abrió el armario de un tirón, se puso el anorak y bajó las escaleras a la carrera.

—¡Salgo un momento, mamá!

—¿Que sales? ¡Si tu padre está a punto de llegar!

El quiosco más cercano se encontraba a un kilómetro y medio, al final de la carretera, cerca del portal del Pueblo Viejo. Silvia montó en su bicicleta y pedaleó frenéticamente hasta allí, con un sollozo agazapado en la garganta.

«*¡De Todo Corazón!*», se repetía con incrédula insistencia. ¡Por Júpiter! ¡La revista *más tonta y más insustancial* de todas las que se publicaban en el mundo! Una retahíla de cotilleos y fotografías de cantantes, actores, música-chicle y otras memeces que se suponía interesaban a los adolescentes. Solo la había visto

dos o tres veces, y por encima, y porque la leían casi todos sus compañeros de clase, pero aquellas breves ojeadas le habían bastado para escandalizarse. Nunca había visto nada tan abominable y ofensivo. Mamarrachada tras mamarrachada, formando un conjunto de mamarrachadas que no podía tener otra finalidad que la de acabar con la cultura seria, desbaratar definitivamente los valores de la intelectualidad y acelerar la caída estrepitosa del mundo occidental. La sola idea de que alguien la viera comprando *aquello* la hacía enrojecer de vergüenza.

Por eso, al llegar al quiosco, merodeó furtivamente a su alrededor, como si en vez de pagar por la revista se propusiera robarla.

La portada brillaba con luz propia. Era la más chillona de todas. Un pazguato con sonrisa de imbécil (seguramente un cantante aullador de moda) mostraba sus dedos abiertos en una V de victoria. Con movimiento rápido y furtivo, Silvia se apoderó de uno de los ejemplares. En un susurro, le preguntó al vendedor cuánto tenía que pagar por aquella especie de acción abyecta. El vendedor le dijo el precio en voz más alta de lo que a ella le pareció prudente y Silvia se desprendió de las monedas como si estuvieran sucias y pudieran transmitirle alguna enfermedad incurable. Ocultó la revista bajo el anorak y volvió a pedalear sobre la bicicleta, a toda velocidad.

No pudo aguantarse hasta llegar a casa. Se desvió a mitad de camino y, bajo un árbol protector, abrió el ejemplar con manos temblorosas, buscó en el índice y localizó la sección *De corazón a corazón*.

Su anuncio era el primero de todos.

*Chica muy solitaria necesita desesperadamente amigos. De preferencia, guapitos de cara. Escribid a Silvia Jofre.*

*Carretera del Congost. Los Chalets, 17. 03078 Sant Martí del Congost.*

—¡Por Júpiter! —repitió—. Por Júpiter, por Júpiter, por Júpiter...

*De preferencia, guapitos de cara.* La frase se le clavó como una flecha. Pensó en la multitud de adolescentes que, desde primeros de mes, habría comprado aquel libelo y habría leído aquel anuncio, y se sintió abrumada por la ignominia. Y se preguntó cuántos de aquellos lectores debían de conocerla, cuántos debían de ser compañeros del Instituto, tal vez compañeros de clase, y deseó fundirse y reaparecer en las antípodas. *Por Júpiter*, cuántas miradas, cuántas risitas, cuántos gestos no se habrían cruzado a sus espaldas. Cuántas burlas, cuántos rumores, cuánto escarnio.

Montó de nuevo en la bicicleta, buscó una cabina telefónica y se metió en ella.

El número de la redacción de *De Todo Corazón* constaba en la misma revista.

Una educada voz de mujer madura (*¡¡¿qué hacía una mujer madura en aquella revista depravada?!!*) respondió:

—*De Todo Corazón*, dígame.

¡Y Silvia dijo, vaya si dijo! Su boca disparó imprecaciones a ritmo de ametralladora. ¿Cómo se atrevían a inventarse un anuncio y ponerlo a su nombre? ¿De dónde habían sacado su dirección? ¿Sabían que podía demandarles por lo que habían hecho? ¿Sabían que lo haría a no ser que retirasen de la venta todos los números que quedaban en los quioscos, y si no incluían una nota en el próximo número confesando su bajeza...?

—Deduzco —dijo su comedida interlocutora— que quiere hablar con nuestra sección de anuncios. Un momentito. No se retire, por favor.

Se puso un individuo con voz de aburrido que soportó sin rechistar la filípica de Silvia, que poco a poco se iba enriqueciendo con nuevas ideas. Finalmente, la interrumpió para preguntar:

—¿Cómo te llamas?

—¡Silvia Jofre!

—Un momento, por favor —pasado el momento, reapareció la voz—: Ajá. Aquí lo tengo. Silvia Jofre. Tal vez lo hayas olvidado, pero nos enviaste una carta pidiendo que publicáramos tu anuncio.

—¡Eso es falso! ¡Jamás en mi vida he comprado su revista!

—Pues tengo tu carta ante mis ojos en estos precisos momentos. Una cartita escrita a mano, con su remite y todo, y firmada de tu puño y letra y todo.

—¿*Firmada de mi puño y letra?*! ¿Y cómo saben que es *mi puño y mi letra?* ¿Es que la habían visto antes?

—Mira, nena —ronroneó el individuo, dando a entender que su paciencia no era ilimitada—. Lo más probable es que algún amigo te haya gastado una broma enviando la carta a tu nombre. Si no quieres correspondencia, no contestes a las cartas que te lleguen y santas pascuas. Por mi parte, borro el anuncio del número del mes que viene y asunto concluido.

Y colgó.

Mientras Silvia corría hacia su casa, la furia le llenaba el pecho y se le subía a la cabeza hasta hincharle las mejillas, y salía al exterior en forma de bufidos y lágrimas muy calientes.

¿Una broma? ¡Una gamberrada! ¡Una auténtica mala pasada, por no decir algo peor! (Y decía algo peor.) ¡Un delito que debería contemplarse en el Código Penal, sancionado con cadena perpetua de trabajos forzados!